Capítulo I

-¡Martín, Martín, vamos, ya es hora! –susurró mi padre al abrir la puerta de mi habitación.

-¡Voy papá, ahora bajo! –contesté a la vez que estiraba los brazos y bostezaba.

-Vete desayunando, voy a por los perros. Te espero en el corral.

-Coge a la cachorra. En la codorniz no lo hizo mal.

-¡Bien, pero date prisa! El día viene bueno –acabó diciendo, mientras medio cerraba la puerta de mi habitación y bajaba por las escaleras, dirección al garaje.

Martín sentado en la cama se despereza y comienza a vestirse.

Yo, por aquel entonces tenía veinte años y recuerdo perfectamente ese día de 1977 como si fuese ayer. Era 12 de octubre, Día de la Hispanidad o festividad del Pilar, o para algún nostálgico de las tinieblas que asolaron España durante cuarenta años, Día de la Raza. Raza de la sinrazón y del fanatismo extremo de unas ideas que frenaron el avance de un país que empezaba a dejar atrás el yugo de la Monarquía y del Clero, que empezaba a despertar de un mal sueño de servilismo y miseria. Día de la Raza, aquella raza que acabó con millares de vidas de su propio pueblo, por culpa de un odio larvado entre almas vecinas que corrió más rápido que el amor, muchas veces por una simpleza o gesto mal interpretado. Día de la Raza. Una raza envidiosa, mezquina, engreída y muy orgullosa, a la vez que fratricida, que bautizó de sangre ibérica toda España con tal de no reconocer sus errores y miserias. Día de la Raza. No sé de qué raza, pero de la mía no.

Ese día, 12 de octubre, daba comienzo como todos los años la temporada de caza. Se iniciaba la Caza General, lo que para los amantes de la caza era el inicio del sueño esperado durante todo un año. Se podía dar caza a esas perdices que durante el año corrían y volaban por entre las cepas, las liebres que durante el atardecer se ven en los sembrados o los conejos que corren delante del coche cualquier día cerca de sus madrigueras, sin olvidar a las aves migratorias como alguna codorniz rezagada que siempre queda después de la media veda de agosto y las malvices que buscan el fruto del olivo y de la viña.

Como todos los años, desde que pude salir al campo a cazar, esperaba ese día como agua de mayo. La emoción del primer día de caza sólo es comparable con la excitación que produce ese primer beso furtivo con el primer amor, o la ilusión de un niño al recibir los regalos el Día de Reyes. Los nervios del día anterior, reflejados en una noche casi en vela, esperando el despuntar del alba para salir al campo y buscar con ahínco la primera presa a la que intentar abatir con la escopeta. Sin olvidar la compañía y trabajo del perro, tan necesarios durante las jornadas cinegéticas.

Convencí a mi padre para, ese año, empezar la temporada cazando por la zona colindante con Alcanadre, iniciando la jornada por las lomas de los Rincones. Siempre me ha gustado esa zona para cazar, ya que es un lugar donde los bandos de perdices son abundantes. Ese año, tanto la perdiz, como el conejo habían criado bien y sería difícil no hacer una buena percha el primer día de caza. Además, lo recuerdo perfectamente, el día era claro y con una temperatura agradable de alrededor de veinte grados. Apenas se movía el aire, sin nubes en el cielo. El terreno estaba húmedo por las lluvias de la semana anterior, pero no embarrado, lo que facilitaba el caminar y el trabajo de los canes, pues los rastros de las presas eran fáciles de seguir. Un día ideal para dar comienzo a una temporada de caza soñada por todo buen cazador.

-¡Déjame el coche, conduzco yo! –le dije a mi padre, cogiendo las llaves del Renault 6 blanco y dirigiéndome hacia el asiento del conductor.

-¿Pues, a dónde vamos? –preguntó con cara de sorpresa.

-¿Pero… si ya hablamos ayer que este año íbamos a empezar cazando por los Rincones, a dar vista a la ladera que linda con Alcanadre?

-¡Haz lo que quieras! –me dijo un poco contrariado‒ Pero, soy partidario de ir a los Planos, como todos los años. Las liebres son abundantes y hay perdices a patadas.

-¡Ya lo sé! Pero también es donde más escopetas van. Y además, que me apetece empezar la temporada este año por allí. Los perros van a cazar mejor en ese terreno ‒apostillé, mientras arrancaba el coche y salía calle abajo a buscar la carretera.

-Como quieras, pero aparca abajo, junto al pozo viejo. Así evitamos estar próximos a la carretera –dijo sin más interés, aunque un poco molesto por la decisión.

Llegamos al aparcamiento, donde ya se encontraba Gerardo “el Motas”, que con sus dos perros conejeros, se disponía a montar la vieja paralela de gatillos al aire. Gerardo era una de las personas del pueblo a las que tenía un aprecio especial sin saber bien porqué. Era un hombre afable, de mirada en parte perdida, del que tengo un gran recuerdo y admiración, como más adelante relataré.

-¡Buenos días, tío “Motas”! ¿Te pinchan en la cama o qué? Madrugas más para ir a cazar que para cobrar una herencia –le saludó mi padre.

-¡Buenos días, “Rapao”! ¿Cómo te has caído por aquí, si eres más de liebres que de perdices? –dijo a la vez que se encendía por enésima vez un cigarro cuarterón que sujetaba entre los labios.

-El chaval… que se ha empeñado en cazar los Rincones. Ya no mandamos nada.

-¡Perdiz, haber hay! Y… entre las viñas de arriba, raro será que no salte alguna rabona. Con las ovejas, alguna liebre sacaban los perros. Yo, como siempre y con mis años, me tiraré por el barranco a los conejos, ya no tengo las corvas para ir detrás de las perdices.

-¡Buenos días, tío “Motas”! –saludé con una sonrisa.

-¡Buenos días, chaval! Razón no te falta al traer al viejo a cazar aquí. Lo que sobra es campo y animales. Lo haréis bien –dijo a la vez que se guardaba la caja de cerillas en el bolsillo de la chaqueta.

Mientras ellos hablaban, a su vez, yo sacaba a los tres perros e iba montando la escopeta, una paralela del calibre 12, regalo que mi tío Juan, el hermano de mi madre Elisa, me hizo cuando cumplí los dieciocho años.

Después de despedirnos del tío “Motas” y preparar nuestras escopetas, cartuchos y viandas para el almuerzo, salimos dirección a la ladera tomándola por el lado izquierdo, dejando que los perros cazasen los rastros de conejos que eran abundantes y frescos. De hecho, a los cinco minutos, la perra pinta, una mezcla de pointer y setter, llamada Lila, arrancó con un conejo que mi padre abatió de un disparo con su Franchi de repetición que se compró el año anterior.

-¡Buen tiro! –dije yo‒ Te ha salido a lo limpio.

-Ya llevo uno –dijo, mientras cogía el conejo de la boca de la perra, a la vez que sonreía.

No llevaríamos andada la mitad de la ladera cuando tanto la perra, como el perro Spanier, de nombre Rufo, comenzaron a tocarse con rastros de perdices.

-¡Adelántate un poco que van a estar detrás del cogote! –indicó mi padre.

-¡Voy! ¡Lila, Rufo, despacio! –recriminé a los perros para que no aceleraran el ritmo y espantaran las perdices antes de poder llegar a ellas, lo que me obligó a elevar el ritmo de paso.

En el mismo instante en que iba a dar vista al cogote de la ladera salió una perdiz algo larga a la que ni apunté, pero me hizo acelerar todavía más el paso y, conforme me asomé, salieron unas doce perdices a buen tiro y hacia adelante. Inmediatamente, me ajuste el arma al hombro y apunté a una perdiz que escoró al volar un poco hacia la izquierda. Disparé un tiro y la perdiz cayó a plomo sobre un claro del yeco donde habían salido. Seguido sonaron otros dos disparos provenientes de la escopeta de mi padre y pude ver como abatía una perdiz que había virado a la derecha y hacia abajo, justo por donde él subía.

Pasados aquellos minutos de emoción y disfrute que tan sólo un cazador nato sabe valorar, seguimos subiendo la ladera hasta coronar y dar vista a un llano cubierto de viñas, donde tan sólo días atrás las cepas ofrecían el trabajo de todo un año en forma de frutos morados y dulces. Cepas garnachas y tempranillas descansaban ahora, después de ser cortados sus racimos por manos expertas, a la espera de ser podadas y dormir durante el invierno, para brotar con fuerza en la siguiente primavera.

Una vez arriba, decidimos cazar las viñas con la intención de sacar las perdices de ellas e intentar meterlas en las laderas de los Rincones y poder cazarlas a placer. Inmediatamente, ladraron los perros detrás de una liebre, la cual fue imposible abatir ya que corrió por los plantados y apenas pudimos verla entre la vegetación de las cepas.

Como era de esperar, las perdices estaban en las viñas y con tesón y experiencia logramos matar otras dos y hacer que un gran número de ellas se encaminaran hacia los yecos de las laderas que dan vista al término de Alcanadre.

-¡Martín, dirígete por detrás de los almendros aquellos, dirección la carretera! Pero baja un poco la ladera para que no te vean en asomada. Yo voy a ir hacia el final de esta viña. Si están las perdices en esos ribazos les vamos a poder tirar los dos –me indicó mi padre, pues a su juicio sabía que alguna perdiz estaría entre los ribazos y la viña de donde había salido el bando.

-Vale. Me llevo al Rufo –le indiqué‒ ¡Vamos Rufo!

Salí en aquella dirección, rodeando la finca de almendros y descendiendo unos diez ó quince metros hasta llegar al ribazo de una viña abandonada hacía años, la cual estaba cubierta de vegetación. De esta manera, daba tiempo a mi padre a llegar al punto donde presuponía pasarían volando las perdices.

Así fue, enseguida el perro cogió el rastro de las perdices e inmediatamente volaron unas ocho perdices justo hacia donde estaba mi padre.

-¡Ahí van! –le grité a mi padre una vez volaron las perdices. Yo no pude dispararles pues me salieron más bien largas.

Esperaba la detonación de los tiros de su escopeta de un momento a otro, lo que me hizo pararme para ver el desenlace de la acción. Pero incomprensiblemente no sonó ningún disparo, lo cual me extrañó bastante. Avancé hacia la dirección donde se encontraba y lo vi junto a un cantarral, quieto y con la mirada perdida en dirección a la carretera de Alcanadre.

-¿Pero no las has visto? –le iba diciendo en voz alta, a la vez que llegaba a su lado‒ ¡Te han pasado delante de los morros!

Estaría a diez pasos de él cuando se giró, me miró con lágrimas en los ojos y señalando con el dedo hacia la curva que describía la carretera, me reveló el lugar exacto donde hacía exactamente cuarenta y un años, mataron a mi abuelo paterno, es decir a su padre.

Conforme me acercaba a él, ya a un paso más lento, me dijo:

-¿Ves aquel almendro que está antes de llegar a la curva? Allí está enterrado mi padre, o sea, tu abuelo, tu abuelo Martín. Él se llamaba como tú.

Mi sorpresa y cara de asombro fue mayúscula, no pudiendo articular palabra. Con la mirada fija en el lugar señalado, escuchaba aquellas palabras gruesas de mi padre que con los ojos húmedos, se disponía a sentarse en una piedra. En aquel lugar, por donde habían volado las perdices minutos antes, me reveló cómo falleció mi abuelo, cuando y quienes fueron sus matarifes.

En casa conocía de la muerte de mi abuelo, como la de muchos españoles de aquella época, como una muerte genérica: “Tu abuelo murió en la guerra”. Esas eran todas las palabras y explicaciones que hasta ese momento conocía del deceso de mi abuelo. Era un tema tabú en mi casa. Sin que nadie hubiese prohibido hablar del tema se respiraba en el ambiente una sensación de no querer contar nada de lo sucedido en aquellos terribles años por miedo a herir o abrir viejas heridas en el corazón de los que sufrieron aquellos años negros. El efecto de las palabras que en ese momento y en aquella mañana de octubre supuso sobre mi persona, fueron impactantes. Aquellas palabras de mi padre en aquel lugar, con la vista puesta en aquel almendro solitario que se encontraba a no más de quinientos metros de donde nos encontrábamos, han sido un punto de inflexión en mi vida. Recuerdo aquel día perfectamente, cada momento, cada palabra dicha y todos los gestos que mi padre hizo durante aquella conversación.

Ignorante de los acontecimientos que llevaron a la muerte de mi abuelo, de niño siempre imaginé que hubiese muerto en alguna de las batallas que la propia Guerra Civil albergó, y que su cuerpo descansaría en algún cementerio del territorio nacional a estilo de los que se ven en televisión de la 1ª ó 2ª Guerra Mundial.

-Lo asesinaron en el 36 y lo enterraron allí, donde ves el almendro –trataba de decirme con la voz entrecortada por la emoción de los recuerdos trágicos escondidos en su mente‒. Quizá hoy estuviese todavía vivo. O por el contrario, me hubiese gustado haberle cerrado los ojos cuando hubiese fallecido, como otros muchos, por muerte natural y placentera, para posteriormente haberle dado Santa Sepultura en el Camposanto de su pueblo.

Hizo un silencio, para mirarme a los ojos mientras instintivamente acariciaba a la cachorra que se había acomodado entre sus piernas escuchando también atentamente, al igual que hacía yo, las palabras, cada vez más serenas, que mi padre narraba.

-¡Pero no! Lo mataron cobardemente y lo enterraron en una cuneta, como a tantos otros. ¡Valientes cabrones! No hay día que no me acuerde de él. Por eso no me gusta venir por aquí, no por la caza, pues el cazadero es de lo mejor del pueblo. Sino porque se me sigue encogiendo el pecho cada vez que veo ese almendro –acabó diciendo mientras se incorporaba y se secaba una lágrima que le corría mejilla abajo.

-¿Pero, por qué no se ha hecho nada para recuperar los restos del abuelo, de tu padre? –dije en tono de indignación, sorpresa e ingenuidad.

-Tan sólo hace dos años que murió Franco, y aunque en este país las cosas parece que cambian, todavía los cuarenta años de dictadura no han acabado de arder y aún calientan la cabeza de muchos y acobardan a bastantes. ¡Hay todavía muchas fieras fuera de la jaula! –exclamó con un tono de voz que denotaba cierta resignación.

-¿Quiénes fueron los asesinos?

-Ya murieron esos hijos de Satanás. Uno de ellos murió en la guerra. Al parecer le alcanzó un obús. A otro se lo llevó un cáncer al poco de acabar la guerra. Al último de ellos, murió de accidente de coche. ¿Sabes? Su hijo y yo éramos de chicos muy amigos, pero toda nuestra amistad se convirtió en odio, un odio mutuo por culpa de su padre. ¡Venga vamos, que hemos venido a cazar y no de tertulia! –acabó diciendo mientras empezaba a caminar dejando atrás la carretera, el almendro y el cantarral donde me había contado parte de una parte de la historia de mi familia.

Un silencio permaneció en el aire mientras ambos mirábamos hacia el almendro para a continuación decir mi padre:

-“Id comiendo que ahora vuelvo”. Esas fueron las últimas palabras que dijo, y que se me grabaron para siempre, y me producen cierto dolor cada vez que recuerdo aquella escena en la cocina de la casa donde vivíamos en Alcanadre. “Id comiendo que ahora vuelvo”, y verlo salir por la puerta para siempre junto con sus asesinos. Yo creo que sabía que no volvería, que su fin había llegado ese día –hizo un silencio, suspiró y dijo finalmente‒. Mi padre no sería el mejor hombre entre los hombres, seguramente, pero fue el mejor padre que he conocido.

-¡Pero, algo se podrá hacer! ¿Es que nadie sabe que tu padre está ahí enterrado? –grité a la vez que me incorporaba.

Se giró, me miró y sin levantar la voz me dijo:

-Mucha gente sabe el lugar donde está mi padre enterrado, pero nadie parece recordar lo que pasó ese año. Hay más fosas comunes por estos lugares; como bien sabes y has oído hablar, en Rubiejo dicen que hay enterradas trece personas y que en el cruce de Tudelilla otros siete desgraciados mal duermen bajo tierra, sin poder ser velados por los suyos. Y ahí siguen. No creo que sea el momento de desenterrar a nadie. Aunque me gustaría mucho poder enterrar decentemente a tu abuelo. Sobre todo por ver descansar a tu abuela, que lleva todos estos años sufriendo la ausencia de su marido.

-¡España parece que cambia, mejor lo sabes tú que yo! ¿Alguien podrá hacer algo, no? –exclamé con cierta angustia. Parecía no existir una solución a algo que parecía en principio tan simple.

-¡Sí, es cierto! Pero no al ritmo que deseamos los que hemos sufrido una postguerra tan cruel y gris. ¡Además, trata de olvidarlo! Y de esto en casa, ni una palabra y menos a tu abuela. La pobre es la que más sufrimiento ha llevado encima –me indicó mi padre, señalándome con el dedo en actitud de advertencia.

-¡Vale, vale! –respondí algo acobardado.

-Venga vamos, que los perros se aburren –dijo reanudando la marcha en dirección al lugar donde habían escapado las perdices.

Seguimos cazando hasta las diez y media que paramos para almorzar. Mi padre para entonces llevaba tres perdices más y dos conejos, mientras que yo había fallado una perdiz y una liebre que me habían salido a placer, pero que por efecto del relato que mi padre me había desvelado era incapaz de concentrarme a la hora de disparar, ya que en ambas piezas los tiros se quedaron cortos y traseros.

-¿No tienes hambre? –me dijo mi padre conforme me ofrecía un trozo de queso.

-La verdad, es que después de lo que me has contado, lo que menos me apetece es comer.

-¡Si lo sé no te cuento nada! Pero, algo debía de decirte, después de verme allí parado con la vista hacia el almendro. Bueno, tarde o temprano deberías de saberlo, y mejor de boca de tu padre que de cualquier extraño –hizo una pausa, mirando al suelo y seguidamente entre sonrisas me recordó la liebre que hacía no más de un cuarto de hora se me había escapado ‒. ¿Qué, estaba flaca la liebre que no le has dado?

-No me lo recuerdes, con lo bien que me ha salido. No sé cómo he podido fallarla.

-No lo jures, si lo difícil era no haberla matado.

-Y la perdiz, ni te cuento. Me ha salido de los pies. ¡Joder, qué fallo!

Acabamos de almorzar y seguimos cazando entre viñas para llevar a las perdices a las laderas. Otra cuadrilla de tres escopetas vimos y con el tío “Motas” estuvimos charlando el tiempo que tardaron mi padre y él en fumarse un cigarro. Mi cabeza seguía inmersa en aquel lugar, en aquel almendro, imaginándome el rostro de mi abuelo y en la posición en la que habría caído cuando recibió la bala que lo mató. Había ciertas preguntas que no se me iban de la cabeza: ¿Por qué lo mataron? ¿Por qué lo habían enterrado debajo de aquel almendro? ¿Quién lo mató? Preguntas todas ellas sin respuesta, que me desazonaban y que era incapaz de apartar de mi pensamiento.

Acabamos de cazar sobre la una del mediodía. Mi padre había matado cinco perdices, dos conejos y una liebre; mientras que yo tan sólo había matado dos perdices y un conejo que habían cogido los perros.

Mi padre se burló de mi, pues la verdad sea dicha, razón no le faltaba ya que tiros ya pegué, pero al aire y al suelo.

-Bueno, vamos a cerrar a los perros y darles de comer, que han trabajado bien. Me alegro por la cachorra que ha mordido caza, vientos no le faltan –señaló mi padre, a la vez que enfundaba la escopeta.

-Ya te lo dije, la perrilla viene buena.

-Cierto, este año todavía te va a dar alguna alegría.

-Sí, creo que este año va a aprender. Venga subid al coche. Vamos Lila, Rufo sube –indiqué a los perros, mientras que a la cachorra la tuve que ayudar a subir.

Durante la comida, por cierto algo especial debido a la festividad del Pilar, la conversación giró en torno a la jornada cinegética. Bromas, anécdotas y situaciones vividas esa jornada fueron el tema de conversación durante la comida. Yo sonreía y de cuando en cuando miraba a mi padre, el cual con la expresión de su cara me indicaba que olvidara la historia que me había contado. Cómo podía olvidar aquellas palabras que de pronto se convirtieron en parte de mi pasado, un pasado desconocido hasta ese momento y que empezaba a tomar forma dentro de mí. Con muchas dudas y preguntas todavía sin respuesta, pero que trataría de conocer la verdad de aquellos sucesos ocurridos un día como hoy hace cuarenta y un años.

Al finalizar la comida, decidí ir a cazar otro rato por la tarde, esta vez sin la presencia de mi padre, que decidió salir a jugar la partida de cartas con los amigos al bar de abajo. Fui a por los perros, pero decidí tan sólo coger al Rufo, pues al ser el más viejo iba a cazar mejor y más a la mano.

La intención inicial era ir a cazar a los Planos, pero sin saber cómo ni el porqué, acabé dirección de los Rincones otra vez. Estaba decidido a visitar el lugar donde estaba mi abuelo enterrado. Necesitaba ver ese sitio, tocar ese almendro y sobre todo, buscar algún vestigio de la presencia de una fosa en ese lugar.

Llegué al lugar, después de dejar el coche a escasos veinte metros del almendro. Salí del coche y caminé despacio hacia el árbol, observando todo lo que rodeaba el lugar, tratando de encontrar algo diferente, no sabía el qué, cualquier indicio que indicara que allí habían asesinado a un hombre. Pisaba con cuidado, observaba todo como lo pudiera hacer el policía más experimentado en criminología.

El almendro se encontraba a escasos cinco metros del linde de la carretera. Era un almendro de la variedad común, fuerte y grande, de gran vigor y hojas muy verdes, incluso para el tiempo que era. Junto al tronco del almendro y más cerca de la carretera yacía el tronco seco de otro almendro muerto ya hacía tiempo. El suelo estaba cubierto con un manto no muy espeso de hierba, cuya tierra era fina, a la vez que fértil, probablemente a consecuencia de los torrentes de lluvia que allí depositaban las partículas robadas al terreno colindante. Por ningún lado se veían restos de un posible enterramiento y menos aún de un asesinato.

El lugar emanaba una paz y sosiego que podía oír cada una de mis pisadas. Acaricié el árbol como si de un bebé se tratase, con ternura y con miedo de poderle hacer daño. Una ligera brisa movió las hojas del almendro, hasta ese momento quietas; las cuales tocaron mi rostro como si una mano suave y firme lo hiciese. Sentí como si alguien me acariciase la cara y recordé las caricias de mi abuela cuando era un crío, con ternura y amor. Aquello me estremeció hasta el punto de recorrerme un escalofrío por todo mi cuerpo, pero a su vez una paz interior me reconfortó y me invadió una tranquilidad que hasta entonces nunca había conocido.

Después de permanecer allí quieto debajo del almendro unos diez minutos, decidí regresar al coche a coger la escopeta y salir a cazar un rato. Serían las cuatro de la tarde.

La tarde no se me dio nada mal, pues en dos horas abatí tres perdices y dos conejos. No recuerdo haber disparado con tanta tranquilidad y acierto jamás. Como si los diez minutos que estuve debajo de aquel árbol me hubiesen infundido un poder sobrenatural. De regreso al coche, pasé otra vez junto al almendro, pero esta vez sin llegar a tocarlo. Lo miré con respeto y me fui.

Esa tarde salí un rato con los amigos por el pueblo, estuve también con Nieves, por aquel entonces mi novia, hoy mi esposa. Cené con mi familia y me senté al lado de mi abuela Rosa, la madre de mi padre, que siempre había vivido con nosotros. Antes de irme a la cama le di un fuerte beso, como algo instintivo, que hasta ella le sorprendió.

-¿Qué te ocurre hoy zalamero para dar a tu abuela esos besos? ¿No los has gastado con Nieves?

-¿Qué hay de malo en que le dé a mi abuela un beso? –dije.

-Nada hijo, nada malo. Puedes darme los que quieras –dijo mi abuela obsequiándome con otro beso.

-¡Hasta mañana abuela, adiós mamá!

-¡Hasta mañana hijo! –dijeron las dos mujeres a la vez.

Esa noche, a pesar de estar cansado por la jornada cinegética, pero con la intriga por conocer parte de la muerte de mi abuelo, no pude dormir, revolviéndome en la cama recordando aquellas palabras que tanta desazón creaban en mi padre: “id comiendo que ahora vuelvo”.